

## IV.

## LA GRANDE ESTIMA DEL REY AL SANTO OROZCO.

Si hemos de dar asenso á las relaciones hechas por los escritores del siglo de oro, y compuestas por testigos oculares, fué sobremanera el aprecio y la veneración en que el Rey Prudente tuvo al Beato Orozco. El cual frecuentaba, casi diariamente, los reales alcázares, edificando á sus augustos moradores. El P. Francisco Sedano enseña que tan humilde hijo de San Agustín se entraba por las regias moradas, como por su propia celda, saludándole con el mayor respeto los magnates y poderosos del mundo, allí presentes; y añade que hasta los Infantes y Príncipes, hijos del Rey, se arrimaban á los muros de la estancia real, inclinándose con mucha veneración cuando pasaba el Beato <sup>1</sup>. Y sin duda que muy conocido y hasta familiar debió ser el Beato Alonso en el Real Palacio, pues hasta los niños de edad tiernísima le distinguían y daban muestras de reverencia. Así se infiere de la información citada donde consta cómo el Infante D. Felipe estando en brazos de una Dama, presentes el Señor de Uceda y la Condesa de Paredes, llamó por señas y agitando los brazos al santo varón, el cual se acercó y dió la mano al Príncipe, quien al punto se la besó <sup>2</sup>. También vale mucho á este propósito la declaración del Padre

<sup>1</sup> «Muy pocos días dejó de ir á palacio y casa de los reyes, adonde era tan respetado de todos los porteros y caballeros de la cámara que jamás le detuvieron ni preguntaron qué quería, ó á quien buscaba; sino como si fuera de casa ó fuere la misma persona real, entraba en el cuarto de los príncipes é infantes y al cuarto de sus Majestades.» Esto dice el buen padre Francisco Sedano, que fué compañero inseparable del Beato desde 1578 á 1580, según consta en la *Información de Granada*, folio 17, que trae el muy Reverendo Sr. Obispo de Salamanca P. Fr. Tomás Cámara en la vida y escritos del mismo Beato, pág. 217, y siguientes.

<sup>2</sup> «Como le vió al P. Orozco, empezó á llamar con la mano al padre, el cual se allegó al infante, y sin decirle nada tomó la mano del dicho bendito P. Orozco y se la besó, estando presente este testigo y el

Gutiérrez, quien acompañando un día al célebre predicador y consejero de D. Felipe II, se entraron ámbos en la habitación del Príncipe D. Diego, á la sazón enfermo; y viéndolos el Conde de Barajas, Presidente entonces de Castilla, mandó echarlos fuera. Saliéronse al punto entrambos padres, pero notándolo la Condesa de Paredes, aya del Príncipe, advirtió al Presidente que para el P. Orozco no había puertas cerradas en palacio, según voluntad del Rey. Oyólo el Presidente, y pesaroso de lo que había hecho, hincadas las rodillas en el suelo, pidió perdón al bendito fraile, excusándose que no le había conocido. Mas el Beato Orozco, sin dar muestra alguna de sentimiento, le respondió que la excusa valía para lo tocante á su persona, mas no para lo que merece el hábito de San Agustín <sup>1</sup>. Dichosos tiempos

dicho conde de Barajas y el conde de Uceda y la condesa de Paredes.» Véase *Información* citada en el libro y lugar antes dicho.

Fué sin dudarle hereditaria en los Príncipes de la Casa de Austria esta pía inclinación á las cosas y ministros de Dios. Porque Su Alteza Sor Ana Dorotea «hizo además Protesta de Esclavitud del Santísimo Sacramento en manos de su confesor, semejante á la que hizo de María Santísima. En vista de esto ya no se debe extrañar la grande veneración que tenía y el mucho respeto con que trataba á los sacerdotes Ministros del Señor.» *Protesta de Sor Ana Dorotea de Austria..... en que se ofrece por esclava de María Santísima y su Precioso Hijo...* pág. 30.

<sup>1</sup> «Yo tambien fuí una vez á palacio, dice el P. Gutiérrez, con el bendito padre... y habiendo entrado en la pieza donde estaba el príncipe, y viéndonos allí el conde de Barajas, que entonces era presidente de Castilla y Mayordomo del príncipe, dijo á unos criados: echa á esos PP. de ahí: y este testigo y el dicho bendito P. Orozco se salieron; mas entonces dijo la condesa de Paredes, que era aya del príncipe al referido conde: mire V. S. que es el P. Orozco, que tiene mandado S. Majestad que todas las puertas estén abiertas para él. Entonces el conde salió donde estábamos y le dijo al bendito P. Orozco, arrodillado los pies por el suelo: perdone V. P., que no le había conocido, y levantándose el conde, el bendito P. Orozco le contestó: no me conozca á mí, sino al hábito de N. P. San Agustín. Y luego nos tornó á llevar á donde estaba el príncipe.» *Inform. de Madrid*, fol. 391.

Este primer Conde de Barajas es aquél madrileño D. Francisco Zapata, del Hábito de Santiago, Corregidor de Córdoba, Asistente de Sevilla, que fué también Mayordomo de la Reina Doña Ana de Austria, Ayo de los Príncipes sus hijos y muy digno Presidente de Castilla y de Ordenes. Retiróse en 1592 á Barajas, donde murió año 1594, y fué sepultado allí mismo en el convento de la Seráfica Orden de S. Francisco.

aquellos en que el buen ejemplo del Rey Prudente obligaba á los grandes señores y títulos de Castilla á caer de hinojos ante la humilde cogulla monacal y á prestar veneración y respeto al saber, á la virtud, á la religión de Cristo, verdadero Dios y Hombre.

Es además cosa notoria que el Rey Prudente tenía mucha fe en las oraciones del Beato Orozco, así como confianza muy grande en sus consejos. Por lo cual no consentía fácilmente que el Beato Orozco faltase de su Corte. Y es más; consta que en estando enfermo Su Majestad, enviaba al punto á llamar al santo religioso para que dijese misa por su salud y le tocase con sus manos sagradas; y esto no por fanatismo, como pudiera algún enemigo suyo locamente opinar, sinó porque experimentaba y sabía ser remedio aquello contra sus males. Demás que no era solo el Rey D. Felipe quien mostraba tanta reverencia al siervo de Dios, pues fueron también sus prelados, los señores del reino y hasta los Obispos quienes corrían al verle para besarle los hábitos y la mano, dándole con ello honores de santo <sup>1</sup>. No se ponen aquí, por otra parte, los milagros que por divina virtud obró Fr. Alonso con la familia augusta del Prudente Monarca y con muchas otras y principales gentes de la Corte que naturalmente le hacían venerable, dignísimo de admiración y respeto ya en su tiempo <sup>2</sup>.

El P. Sedano, antes citado, dice á este propósito: «jamás hubo impedimento para entrar en el cuarto de las damas con su compañero, sin que jamás los guardas le preguntasen alguna cosa, sinó destocándose y arrimándose á las paredes con

<sup>1</sup> «Como testigo de vista que despues de profeso le acompañé muchas veces en espacio de dos años y salía con él fuera, ví la reverencia y estimacion que los prelados y Obispos y señores de estos reynos le hacían; y en viéndole le besaban la mano y los hábitos con grande teurnura, estimándole como persona venerable y santa.» *Inform. de Madrid*: del P. Rios: véase la obra citada.

<sup>2</sup> Véanse en la citada obra del Rmo. P. Cámara las informaciones que se van citando y donde constan las curaciones milagrosas hechas por intercesión del Beato en las personas de la Reina Doña Ana, del Príncipe D. Diego, de la Condesa de Trueba y otros personajes de esta villa y Corte.

una profunda inclinacion hasta que el dicho Padre pasase las puertas; y esto era muchas veces, porque los más días iba á Palacio y entraba en la capilla del cuarto de las damas, adonde muchas veces vió este testigo á la Reina D.<sup>a</sup> Ana, que disimulada venía á oír la misa del P. Orozco; el cual la confesaba y daba el Smo. Sacramento... y ental día no confesaba ni comulgaba otra ninguna persona, siendo así que los más días confesaban y comulgaban muchas; y como este testigo era siempre el compañero del dicho P. Orozco, le trataban las damas y demas señoras de Palacio con tanta llaneza, que mientras confesaba el P. Orozco, las damas le preguntaban algunas reglas y dificultades del rezado, porque todas por mandado del Rey nuestro señor D. Felipe II rezaban el oficio divino <sup>1</sup>.»

Por la anterior declaración tan sencilla como verdadera colegirá el lector como el regio alcázar de Felipe II era una clase de santuario ejemplar donde, día y noche, se alababa á Dios y se practicaba, *ad exemplum regis*, la virtud y el culto divino.

Un día que el bienaventurado Orozco quiso apartarse del bullicio de la Corte para ajustar, como él declaraba, sus cuentas con Dios en el convento del Risco, pidió al efecto con grande ahinco la venia á Su Majestad, el cual se la negó, diciéndole: «que no podía otorgarle la licencia, por cuanto le había menester en la Corte.» Después de algún tiempo insistió Fray Alonso en su empeño hasta ponerse de rodillas, las manos al Cielo, suplicando á Su Majestad el permiso de partir: el Rey le negó nuevamente la licencia protestando en su interior, que no

<sup>1</sup> «*Inform. sum. de Granada*, fol. 14, libro citado, donde además se añade que un día saliendo su Majestad al campo, esperando los coches á la puerta de palacio, en San Lorenzo, salió el D. Morata que llevaba en la mano una bolsa de terciopelo verde. y yo le pregunté por curiosidad qué llevaba allí; respondió: el breviario de su Majestad en que reza el oficio divino.» De esta verídica relación se ofrece claro no haber sido solo el Rey D. Felipe quien rezaba el oficio divino, sinó que con el ejemplo y la palabra era estímulo á que le imitasen los altos servidores de su Real Casa. No exageró, por consiguiente, la *Nueva Luz*, cuando declaró con buenos testimonios que Felipe II solía rezar todos los días en su Breviario lo que por obligación rezamos los sacerdotes.

quería echar los santos de su Corte <sup>1</sup>. Don Jerónimo Manrique, Capellán mayor del Rey, dió á entender al bendito Padre agustino haberse quedado Su Majestad con algún disgusto de la insistencia en apartarse de su lado y privarle de sus oraciones y consejo, ordenándole por otra parte darle cuanto pidiese y le fuese menester. El santo religioso le respondió que sólo deseaba sacar de la cárcel á algunos pobrecillos. Se fué el Beato, y una hora después llegó á su celda un enviado del Rey con dos talegos llenos de moneda de plata diciendo que Su Majestad mandaba sacase de la cárcel á los encarcelados y diese lo demás á los pobres. Por todo lo cual podrá cualquiera ver la estimación y el aprecio con que Felipe II sabía distinguir y honrar á los varones de Dios, aunque el mundo les llamase no más de humildes y pobres religiosos <sup>2</sup>. Y por lo que toca al siervo de Dios sería menester libro aparte para referir las distinciones señaladísimas con que fué muy honrado de D. Felipe II. Y aunque no se declaren todas en este lugar, procede hacer mención de la despedida que de su religioso consejero tomó el Rey Prudente cuando emprendió la marcha para Portugal.

Este Monarca, que por cosa liviana á los ojos del vulgo desterraba al héroe de aquellos tiempos D. Fernando de Toledo, Duque de Alba, y le sacaba del destierro sin permitirle siquiera venir á la Corte, para encargarle la conquista de Portugal, llamó un día al Beato Orozco á la real morada; suplicóle con singular modestia y encarecimiento que encomendase mucho á

<sup>1</sup> «Púsose el venerable de rodillas, las manos juntas en forma de humilde súplica, instó con nuevas razones, volvió á instar, cansó y disgustó á su soberano; el cual firme en la negativa... repetía para sí que no quería echar los santos de su Corte, y su predicador que le era menester para muchos negocios.» Obra citada, pág. 239 y 240.

<sup>2</sup> «Replicó el Capellán mayor: yo le enviaré á V. Paternidad con que los saque, y con eso se fue; y dentro de una hora llegó un Capellán del dicho D. Jerónimo con dos lacayos que cada uno traía un talegón grande lleno con moneda de plata...el P. Orozco respondió: dé vuestra merced 1300 reales al P. Ayanca portero, para que los envíe á la cárcel; y lo demás vuélvaselo, que á S. M. no le faltarán ocasiones hartas de pobres á quien dar limosna; y aunque el capellán le porfió, no hubo remedio que quisiera tomar más blanca.» *Inform. sum. de Madrid*, fol. 224.

Dios la nueva empresa, y al fin se hincó de rodillas á los pies del religioso pidiéndole su bendición <sup>1</sup>. El Beato no quería bendecir á su señor y monarca, sino que cayó también de hinojos, trabándose ejemplarísima porfía entre el santo súbdito y el Rey Prudente. Salió éste vencedor, porque convencido el bienaventurado fraile de la humildad y entereza del Monarca, le otorgó al fin su bendición, contentándose con besarle después las manos muchas veces. Con tales cuadros no se sabe aquí bien cuál cosa admirar más, si la modestia del prudente Monarca, ó la humildad del Beato Alonso <sup>2</sup>. También es cosa harto sabida cómo el Rey D. Felipe mandaba muy frecuentemente á sus Ministros y Grandes de España á la pobre celda de Fray Alonso. En cierta ocasión supo Su Majestad andar el Beato muy preocupado y pensativo por causa de las deudas que en ejercicio y obras de su mucha caridad había contraído. Considerólas sin duda el Monarca de alguna importancia; pero atendiendo sobre todo á la aflicción del benditísimo religioso, envió al convento

<sup>1</sup> Apenas hay quien ignore que un hijo del celeberrimo Duque de Alba fué encarcelado por el Rey Prudente á causa de cierta travesura juvenil. Mas el Duque famoso, arrastrado de amor paternal, le abrió puertas para la fuga; y luego que lo supo D. Felipe II, pesando sin duda más el mal ejemplo del hecho que su maldad, lo desterró al punto, sin más contemplaciones; castigo que sufrió resignado, á lo menos al exterior, aquel gran capitán. Al cual indudablemente debió conocer muy á fondo el justiciero Monarca cuando, por simple mandato, le sacó del destierro, poniéndole en seguida al frente del ejército que con su dirección ganó el reino de Portugal para la corona de España.

<sup>2</sup> «Un día le llamó el Rey Felipe II y se hincó de rodillas en una pieza, y le dijo: echadme una bendición, para que esta jornada que quiero hacer á Portugal me suceda bien. El siervo de Dios se hincó de rodillas, y empezando á llorar dijo: ¿cómo, Señor, yo miserable tengo de echar bendición á V. M.? y púsose confusísimo, y se quisiera meter debajo de mil estados; con todo eso el Rey porfió tanto, que le echó su bendición.» *Inform. plen. de Madrid*, fol. 377. De la empresa y las medidas para conquistar el nuevo reino trata larga y minuciosamente Isidro Velázquez en su libro hoy harto raro, muy curioso, titulado *La Entrada que en el reino de Portugal hizo la S. C. R. M. de D. Felipe invictísimo Rey de las Españas, segundo de este nombre, primero de Portugal, así con su real presencia, como con su felice campo, hecho por Isidro Velázquez Salamantino, andante en Corte; Lisboa, 1583.*

á D. Diego de Córdoba para que sin dilación pagase cuantas deudas tuviese el Beato Orozco. Preguntóle D. Diego, caballero mayor del Rey católico á la sazón, las cantidades que debía, y dijo con mucha sencillez aunque apurado, que ascendían nada menos que á cien reales. Volvióse á Su Majestad el susodicho D. Diego y le manifestó con sus mismos términos la respuesta de Fray Alonso; la cual oyendo el Rey, prorumpió en gran risa, y dando una palmada en la frente alabó á Dios y admiró la grande sencillez y las virtudes de su santo consejero <sup>1</sup>.

Por las indicaciones arriba escritas se colige bien la religiosidad y virtudes con que resplandecieron los individuos todos de aquella real familia austriaca. Mas en los días últimos de la enfermedad penosa y larga del santo y bendito Orozco dieron al mundo nuevas pruebas de entrambas cosas. Porque el Rey D. Felipe sintiendo extremadamente los padecimientos de Fray Alonso y temeroso de que la muerte se lo pudiese arrebatar, ordenó que desde Madrid al Escorial, donde á la sazón se hallaba, se le enviase por un médico de cámara cuenta minuciosa y diaria del estado del buen religioso. La comida y muchos remedios medicinales compuestos por las manos mismas de la familia real se lo servían y traían de palacio <sup>2</sup>. Sábese además hoy con toda certeza, que el mismo Rey Prudente, antes de morir el Padre, le fué á visitar en su propia celda llevando en su com-

<sup>1</sup> Consta esta relación del texto en la *Inform. sum. de Madrid* fol. 125, según se puede ver en la obra del Rmo. P. Cámara que se va citando: pág. 256. Y para quienes siguen pintando á D. Felipe sin querer jamás reír, ni dejar el ceño repugnante y carácter intratable con el cual nos le ofrecen fieros y mansos, queden aquí copiadas las palabras originales de la *Inform.* que siguen: «Preguntándole D. Diego de Córdoba que como á tal privado le envió con este recaudo para saber lo que debía, el santo le dijo que hasta cien reales, ó diez ducados; y volviendo el dicho D. Diego á S. Maj. con la respuesta, se rió mucho y se dió una palmada en la frente, dando gracias á Dios de la bondad y virtud del dicho santo y de su sencillez.»

<sup>2</sup> «Todos los días enviaba un médico de cámara relación del estado de su enfermedad al Escorial; para sacar á Su Majestad de cuidado. Ya hemos indicado que le traían la comida de palacio; y estaban al rededor de la cama tres y cuatro grandes descubiertos.» Véase la *Vida del Beato* por el P. Marquez, pág. 50.

pañía á los Infantes y Príncipes sus augustos hijos, y entre ellos Su Alteza doña Isabel, deseosos también de ver lo humilde y severo de la habitación; en la cual dió la misma señora algunas disposiciones higiénicas que pudieran favorecer la salud del enfermo. El P. Márquez insinúa á este propósito haber sido este caso muy raro; porque «el Rey, dice, era prudentísimo y muy mirado en todas sus acciones y no hacía cosa que no lo mirase mucho, y jamás visitó á persona que no fuese persona real.» Ciertamente que D. Felipe no gastaba mucho el tiempo en visitar á la gente de su corte; pero tampoco fué único y exclusivo el caso del Beato Orozco en la vida de nuestro Monarca; porque consta fijamente que hallándose enfermo el Duque de Alba en Lisboa después de conquistado Portugal, el Rey, allí entónces en residencia, visitó también al tan ilustre como valeroso capitán, animándole y consolándole por espacio considerable en el lecho del dolor. Y este mismo católico Monarca, en premio sin duda de aquella noble acción, escuchó, y por cierto atentamente, y como humilde discípulo, los avisos y saludables consejos de D. Fernando Alvarez de Toledo, quien al fin murió de la grave y postrera enfermedad que entonces padecía <sup>1</sup>. Con estos y varios otros datos de mucha nobleza y grandeza de ánimo, que se pudiesen citar, desaparece por completo la figura tétrica y espantosa de D. Felipe, ofrecida hasta hoy al mundo por los enemigos fieros y mansos.

<sup>1</sup> «El duque de Alba D. Fernand. Alvarez de Toledo fué á conquistar á Portugal de edad de ochenta años; con mucha prudencia y poco derramamiento de sangre entró en Lisboa. Y estando el Rey en Lisboa sucedió que el Duque adolesció de una enfermedad muy grave de la qual murió, y como el duque se vido muy malo y el Rey lo entendió visitó el Rey al duque y le consoló y animó...el duque le dió al Rey muy buenos consejos como se avía de aver en el gobierno de aquel reino nuevamente puesto debajo de su obediencia y en todos los demás y después pidió los santos sacramentos.» *Relación de casos notables que han sucedido en diversas partes de la cristiandad especialmente en España, por Matias Escudero.* Es manuscrito curiosísimo del siglo XVI, apenas conocido, que custodia la biblioteca Arzobispal de Toledo, como queda ya dicho.